

cuadernos

30
ANYS

EL NAUFRAGIO DE LA IZQUIERDA



177

José I. González Faus

EL NAUFRAGIO DE LA IZQUIERDA

José Ignacio González Faus

INTRODUCCIÓN	3
1. SINTOMATOLOGÍA DE LA CRISIS	5
2. IDENTIDAD DE LA IZQUIERDA	7
3. IZQUIERDAS DE PLÁSTICO	16
4. “AL ANDAR SE HACE CAMINO”	20
5. CONCLUSIÓN	28
NOTAS	30
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	32

«El carrusel de la política se movería más bien hacia la izquierda
si girase según la melodía del Evangelio»
(J.B. METZ, *Más allá de la religión burguesa*).

Hoy "un niño que muere de hambre muere asesinado".
(Jean ZIEGLER, *El odio a Occidente*).

«Seis millones de niños mueren anualmente de hambre»
(Agencia EFE, en 2004).

Este Cuaderno fue redactado en marzo del 2011. Sucesos posteriores lo han confirmado y me han hecho añadir algunas apostillas. Destaco esa fecha inicial porque muestra que aquellos sucesos sólo son consecuencia de un proceso que venía de mucho antes.

José Ignacio González Faus, sj., del área teológica de *Cristianisme i Justícia*.

INTERNET: www.cristianismeijusticia.net • Dibujo de la portada: Roger Torres • Impreso en papel y cartulina ecológicos • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • Teléfono: 93 317 23 38 • Fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISSN: 0214-6509 • ISBN: 84-9730-281-8 • Depósito legal: B-37.740-2011 • Diciembre 2011

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se usan para la gestión del servicio que os proporcionamos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a Barcelona, c/ Roger de Llúria 13.

INTRODUCCIÓN: DONDE DIJE DIGO...

¿Por qué cuesta tanto ser de izquierdas? ¿No habría de ser fácil y normal que un ciudadano amante de la libertad, de la igualdad de oportunidades, de la autodeterminación de los pueblos, de la redistribución de la renta y de la equidad, mostrase una elemental simpatía por los gobiernos que ponen en vigor estos valores elementales? ¿No es cierto que los valores de cualquier sociedad decente son precisamente los valores de la izquierda y no otros? Es terrible no poder encontrar ninguna respuesta fácil a esta pregunta. (Salvador Giner en *El Periódico*, 6 de marzo de 2011)

En septiembre del 2007 publiqué en *La Vanguardia* un “réquiem por las izquierdas” del que este Cuaderno quiere ser, a la vez, confirmación y desarrollo. Si hablo de naufragio (y no de crisis) no es por ninguna evocación electoral, sino en recuerdo de unos expresivos versos de J. A. Valente: «escribo desde un naufragio, escribo desde el presente». Así está escrito este Cuaderno: desde un presente en el que la izquierda no sólo se encuentra en crisis sino que ha naufragado aparatosamente.

Entenderé la palabra izquierda en sentido *social y económico* y no desde el ángulo *político y cultural*. Ambos sentidos de la palabra no coinciden aun-

que con frecuencia vayan muy juntos. Por eso conviene clarificarlos.

a) La izquierda económica está preocupada por (y comprometida con) la justicia social (el fin del hambre y la miseria), más la supresión razonable de las inicuas desigualdades entre las personas. Es decir, todo aquello que constituye los derechos primarios del ser humano: alimentación, vivienda, salud y educación dignas. La derecha económica no es sensible a estos valores o, en todo caso, los subordina totalmente a la eficiencia. Se autoengaña defendiendo que, sólo con que haya mayor eficiencia económica, se producirá mecánicamente una mayor satisfacción de esos

derechos primarios y, si no es así, la culpa será sólo de las víctimas. Por eso defiende a machamartillo un sistema económico tan eficiente a la hora de producir riquezas inmensas como muchedumbres de pobres.

b) En cambio, en el campo cultural y político, la izquierda puede tener otros sentidos y plantear reivindicaciones que afectan más a los deseos individuales propios, que a los derechos ajenos insatisfechos (con el riesgo de resultar a veces ligera o precipitada). Cuando este sentido político y cultural suplanta al significado económico, la izquierda queda desfigurada en lo que podríamos llamar pseudoizquierdas o izquierdas “de plástico”.

La derecha política, en cambio, presta más atención al orden y al esfuerzo, aunque muchas veces esa atención no aspire tanto al bien de los individuos cuanto a la consolidación del sistema económico del que ella es beneficiaria.

En síntesis: la derecha defiende la total libertad en economía y acepta el control del poder en lo político y cultural. Mientras que la izquierda reclama el control de los poderes públicos en lo socioeconómico junto a una gran libertad (a veces descontrol) en lo político y cultural. Aquella es más individualista en lo económico y más social en lo político. La otra al revés. Alguien podría objetar que, en este campo, es propia de la izquierda la tolerancia, frente al tono inquisidor de las derechas que defienden sus propias seguridades. Pero la historia de las izquierdas desmiente esa visión: pues la indignación ética está expuesta

a la tentación de la violencia (como muestran los mismos salmos bíblicos).

Esta aclaración terminológica permite comprender que, en el campo político y cultural, izquierda y derecha se necesitan y deben dialogar; y cabe hablar aquí de un auténtico “centro” como la postura más ética.¹ En cambio, en el terreno socio-económico no caben esas concesiones como no sea por razones posibilistas y transitorias: porque ahora no recortarían aspiraciones personales sino derechos humanos fundamentales. Por eso, la postura más ética me parece ser un centro político y una izquierda socioeconómica.

Así se nos va perfilando el estado de la cuestión: la izquierda que ha entrado en crisis es la izquierda económica. Esta crisis está muy relacionada con el giro de la izquierda hacia posturas meramente políticas y culturales, mientras aceptaba las tesis de la derecha en el campo económico aunque suavizándolas con pequeñas reformas (que, más que transformar, contribuyen a mantener en pie a esa derecha). De este modo, la izquierda ha cumplido la célebre máxima del marqués de Lampedusa: «cambiar todo lo que haga falta para que todo siga igual».

Este Cuaderno intentará: 1) una descripción analítica de esa crisis para, desde ahí 2) volver a las fuentes de identidad de eso que llamamos “izquierda” y así 3) desenmascarar falsas identidades sustitutivas. Finalmente 4) buscar un atisbo, al menos, de los caminos para salir de esa crisis.

1. SINTOMATOLOGÍA DE LA CRISIS

Punto de partida imprescindible para comprender la crisis de la izquierda es un hecho que resulta innegable: han fallado todas revoluciones. Sea por culpa propia o ajena (como bloqueos, etc), el hecho es que no parecen haber producido más que PRIs² y *Aparatiks*, o dictaduras de multimillonarios africanos, es decir: entidades más obsesionadas en perpetuarse en el poder que en cambiar la sociedad.

1.1. ¿Un mundo sin remedio?

Ya antes del fracaso de la revolución rusa (que podría justificarse desde fuera por la política armamentística de EEUU), está el de la revolución mexicana, ya centenaria, sobre la cual escribía *La Jornada* de México que la situación de aquel país hoy «es análoga a la que prevalecía a finales de 1910: concentración de la riqueza a niveles insultantes y amplitud de los atrasos sociales; distorsiones de la voluntad popular; negación de garantías básicas por la autoridad; claudicación de la soberanía ante los intereses internacionales y un ejército oligárquico, patrimonialista, tecnocrático e insensible al poder político»³.

Y no es sólo que haya fallado “*un sistema*”, o que lo hiciera caer el otro.

Es más bien que las revoluciones tampoco produjeron el célebre “hombre nuevo” proclamado por Marx y Che Guevara. Así, un sistema montado sobre la codicia generó una enfermedad mortal en el planeta tierra, ante la pasividad de la izquierda.⁴ Pero el otro sistema que quería estar fundado sobre la superación de la codicia, no produjo más que represión y ganas de resarcirse en cuanto se presentase la primera oportunidad.

Por eso, la sensación de las izquierdas hoy no es que un determinado arreglo era equivocado o se aplicó mal, sino que el mundo no tiene arreglo. Y no lo tiene en aquello que era la reivindicación fundamental de la izquierda: fin de la pobreza, igualdad entre seres humanos, estructuras económicas que juntasen la libertad con la justicia y cre-

ación de un mundo solidario. La izquierda pecó de una ingenuidad desesperante respecto a lo que suele llamarse “pecado original” (o pecaminosidad intrínseca al ser humano), del que dije, años ha, que mientras la izquierda lo desconoce, la derecha lo manipula en provecho propio.

De aquellos polvos ingenuos nacieron estos lodos escépticos.

1.2. Pasiones grandes para causas pequeñas

De semejante panorama brotan el desconcierto, la retirada al propio egoísmo pequeño, o la búsqueda de pseudoizquierdas con que consolarse. La posmodernidad proclamó el fin de los grandes relatos y grandes causas o palabras. Pero, en contra de lo que hubiera hecho el maestro Iluminado (el Buda), no ha proclamado el fin de la codicia. Se acabaron los grandes relatos y las grandes palabras, pero no las grandes pasiones. Así se fue gestando un ridículo al que no cesamos de asistir hoy: sonoros tonos épicos y proclamaciones delirantes (de triunfo o de venganza) se aplican a pequeñas causas casi domésticas: un

error arbitral en un partido, o un pique lingüístico a la hora de rotular un anuncio... Y así, mientras la Modernidad nos trajo el desengaño, la posmodernidad nos está trayendo el ridículo, tan cercano siempre a lo sublime. No dejaba de tener razón J. Leclercq cuando escribió hace años que el ser humano tiene pasiones de absoluto y las aplica a todo lo que tiene a mano: las medidas de su sombrero o el café matutino...

En medio de este desconcierto la izquierda creyó encontrar un camino para subsistir abandonando su auténtica identidad y buscando sustitutivos aparentes de su traición. A eso llamé antaño “izquierdas de plástico”: porque quizá las flores de plástico alegren la vista de quien no puede tener las auténticas, hasta llegar a engañarle; pero ciertamente no engañan a su olfato. Y en el campo de la izquierda ha sucedido algo similar: hemos entornado los ojos engañándonos, pero no pudimos engañar a algunos olfatos más sanos.

Luego analizaremos esas pseudoizquierdas. Antes conviene analizar un poco más lo que ese pesimismo ha hecho perder a la izquierda.

2. IDENTIDAD DE LA IZQUIERDA

Es falso e inhumano el convencimiento que nos han inyectado de que “no hay nada que hacer”. Frente a ese escepticismo postmoderno conviene proclamar que siempre hay cosas que hacer; no sabemos hasta dónde llegarán pero pueden hacerse. Muchas voces avisan que la indiferencia es hoy el mayor de nuestros crímenes y la más hipócrita de nuestras excusas. Stéphane Hessel, luchador de la resistencia francesa, prisionero luego en Buchenwald y único superviviente de los que redactaron la Declaración de los derechos humanos en 1948, argumenta que, de haber pensado así, todavía estaríamos bajo el nazismo.

2.1. Presupuesto. “Hombres de poca fe”

En los evangelios, cuando Jesús dice «tu fe te ha salvado», no se refiere a una fe en dogmas religiosos sino a la fe en que las cosas pueden cambiar. Esa fe que reclamaba Jesús, merece un comentario para nosotros hoy.

Si preguntáramos a personas cristianas cuál es la palabra más izquierdosa de la Biblia, probablemente recurrirían a frases famosas y muy duras de los profetas de Israel, o de la carta de Santiago: «¿No son los ricos los que os oprimen y encima os llevan a los tribunales, blasfemando el hermoso nombre de cristia-

nos?... Llorad ricos porque vuestra riqueza se ha apolillado; los jornales que defraudasteis están clamando al cielo y las voces de los que explotasteis han llegado hasta Dios» (2,5.6 y 5,1-4).

Pues bien, en mi modesta opinión, mucho más izquierdosas que esas frases tan radicales son otras del sermón de la montaña que suenan a una ingenuidad tan poética como impertinente: «no os preocupéis por la comida ni por el vestido; mirad las aves del cielo cómo vuestro Padre celestial las alimenta y mirad los lirios del campo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos» (Mt 6,25ss).

Nadie se cree hoy esas frases. Y con razón. Pero su poder interpelador no reside en su credibilidad actual sino en que nos obligan a preguntar si Jesús era un ignorante. Podemos buscar distinciones lingüísticas no inútiles pero sí insuficientes: como que Jesús no dice que no nos ocupemos sino que no nos preocupemos. Pero el problema es que para la mayoría de las gentes esos temas constituyen no una sana ocupación sino una agobiante e inevitable preocupación. La respuesta pues se queda corta.

Por otro lado, la sensación de inviabilidad que producen los consejos despreocupados de Jesús, contrasta con estos otros datos:

- La tierra es capaz de producir para sustentar a unos doce mil millones de personas, según datos de Naciones Unidas. Hoy la pueblan algo más de seis mil millones.
- La tierra, como decía Gandhi, puede satisfacer las necesidades de los hombres pero nunca podrá satisfacer todos sus caprichos.
- Cada año se destruyen toneladas de alimentos, mantequilla, frutas, etc. Se destruyen por razones “de mercado” y de precios, mientras millones de seres humanos mueren de hambre cada año. ¿No revela este contraste que algo muy serio falla en la gestión de nuestra casa?⁵ Y encima un economista más bien conservador como Keynes sostenía que nuestra obsesión por la seguridad para el futuro es la que priva a otros de bienes necesarios para vivir en el presente.

¿Qué significan pues las palabras de Jesús en este contexto de contrastes?

Intencionadamente, Mateo ha enmarcado esas palabras de Jesús entre dos frases que los demás evangelistas conservan en otros contextos. Las introduce con la advertencia de que no se puede servir incondicionalmente a dos señores y, por tanto, no se puede adorar a Dios y al dinero. Y las cierra con esta otra frase: «buscad primero el reinado de Dios y la justicia de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6,33).

Recordando el sentido del culto en el cristianismo primitivo como lo expresó Ireneo de Lyon («la gloria de Dios es que viva el hombre»), podemos parafrasear la primera frase de Jesús de esta forma accesible también a no creyentes: «no podéis servir al hombre y al dinero». ¿Qué significa pues meter la frase sobre los lirios entre estas dos referencias al servicio de Dios y su justicia? Simplemente: que si los hombres adoran al Dinero en lugar de a Dios, y no buscan ante todo la justicia de Dios, resultará imposible no andar obsesionados por la comida o el vestido.

Dios hizo la tierra fecunda para todos los hombres; eso quieren decir las palabras citadas de Jesús. Pero la obra de Dios siempre queda encomendada al ser humano, y esa administración humana es la que ha vuelto ridículas las palabras del Maestro. Los hombres han servido al Dinero en lugar de servir a Dios (a quien sólo se sirve ayudando al hombre), han buscado sus propias codicias antes que la justicia de Dios y, así, han vuelto la tierra inhabitable. Echando mano de una comparación que usa

ban los Padres de la Iglesia: si en un teatro hay localidades para todos, pero luego vienen dos o tres ambiciosos y compran todas las localidades sin dejar entrar a nadie, no puede decirse que el culpable de esa falta de sitio sea el arquitecto...

Por tanto, las palabras de Jesús ponen en evidencia que el sistema de gestión de nuestra casa común merece ser subvertido de arriba abajo.

2.2. Irrenunciables para una verdadera izquierda

Desde esta convicción (que la tierra, si sabemos tratarla, es suficientemente justa a la hora de dar, y que somos los hombres los injustos por codiciosos), brota una serie de demandas que dibujan el perfil de una verdadera izquierda.

2.2.1. Sensibilidad ante las víctimas

La sensibilidad ante las víctimas primer principio identificador de la izquierda. En tres pasos:

a) Más de la mitad de habitantes del planeta desnutridos, millones de muertos de hambre al año, millones de niños y mujeres esclavos laboral o sexualmente, niños-soldado o víctimas de las minas o del tráfico de armas... en un planeta con medios suficientes para que eso no ocurra, constituyen una llamada previa a toda reflexión posterior, en un mundo donde tales dramas serían evitables y donde los privilegiados se tranquilizan pensando que las víctimas lo son por su culpa.⁶

b) Esa situación de las víctimas del planeta tiene siempre un factor econó-

mico importante. Quizá no será el único pero siempre estará presente. Por eso, la sensibilidad ética que cuaja en la demanda de “justicia para las víctimas” ha de atender inevitablemente a las estructuras económicas del planeta, sin contentarse con gestos asistenciales como si las víctimas fueran efecto de una catástrofe natural: una sequía en el Sahel o una central nuclear, dañada por un terremoto... (y aun en estos casos, hay también un factor económico en el origen).

c) Por eso no se puede plantear el problema de la justicia en el mundo desde unos presupuestos teóricos cuya reflexión parte de una sociedad sin víctimas (como hacen Rawls por un lado y Habermas por otro). Una sensibilidad de izquierdas sólo puede pensar desde la existencia de media humanidad victimizada.⁷ Por eso la tendencia a la igualdad entre todos los seres humanos se convierte hoy en bandera de una verdadera izquierda. Sin que baste una declaración teórica de igualdad de derechos si no se añade un empeño de suficiencia económica para satisfacer esos derechos, que tienen un componente económico esencial. Contentarse con una mera igualdad en la libertad, sin atender a los medios materiales que posibilitan esa libertad, es como colocar a dos hombres ante una carrera diciéndoles que ambos parten del mismo lugar, han de recorrer la misma distancia y tienen el mismo suelo bajo sus pies; pero callando que uno de ellos deberá hacer esa carrera con una bola en el pie o con las manos atadas. El ganador está cantado antes de empezar.

Haber abandonado ese ideal es para mí la causa del naufragio de la izquier-

da, aunque debamos conceder que la plena igualdad económica no es posible, quizás tampoco deseable porque siempre intervienen en la praxis humana otros factores como méritos y calidad de servicios. Pero, aunque imposible, es una meta que hay que buscar asintóticamente porque, de lo contrario, las desigualdades no paran de crecer: la desigualdad no es inmóvil: si no se contrae, se expande.

Y este rasgo central arrastra una serie de consecuencias que vamos a enumerar.

2.2.2. El fin no puede justificar los medios

En economía, el fin nunca puede justificar los medios. Eso sería servir al dios Dinero que, según Jesús, hace imposible servir al hombre. La pregunta decisiva para un sistema económico no es cuán eficiente resulta sino con qué medios consigue esa eficiencia. Contra quienes pretenden que los argumentos éticos “no son consideraciones económicas”, Amartya Sen sostuvo que la ética es también un factor económico, aunque no se le ha hecho ningún caso. La izquierda acabó por aceptar esa inversión de valores, esperando tiempos mejores para realizar sus ideales, como antes había aceptado la violencia como medio para llegar a una sociedad en paz, olvidando que la violencia sólo engendra violencia. Ya en 1930 J. Keynes escribía estas palabras increíbles:

«Todavía no ha llegado el tiempo de preferir lo bueno a lo útil... Durante unos cien años deberemos fingir... que lo justo es malo y lo malo justo: porque lo malo es útil y lo justo no

lo es. La avaricia, la codicia y la cautela deben ser nuestros dioses todavía durante algo más de tiempo. Pues sólo ellas pueden sacarnos del túnel de la necesidad y llevarnos a la luz del día.»⁸

Sorprenden esas palabras por su ingenuidad sobre el ser humano. Ochenta años después ¡estamos igual o peor!, y seguiremos así dentro de cien años: porque nuestras necesidades no tienen límite. Mejor psicólogo era Voltaire cuando escribió en *Le Mondain* que «nada hay más necesario que lo superfluo». Keynes habló como los niños cuya ingenuidad les permite decir lo que nosotros ya no nos atrevemos: que nuestro sistema económico se asienta sobre la codicia y la injusticia; y sus grandes palabras éticas (servir al país, crear puestos de trabajo) no son más que “llamar justo a lo malo”. Esto es lo que olvidó la izquierda.

2.2.3. Eficiencia económica y reparto equitativo

Urge buscar una gestión de nuestra “casa común” que equipare la eficiencia económica con el reparto equitativo de lo producido. De lo contrario no haremos más que producir «ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres» (Juan Pablo II), como está haciendo el neoliberalismo imperante, comparable al “camello” que adultera la droga que vende, para poder vender más y ganar más en menos tiempo: sabe que su acción puede costar la vida a más de un consumidor; pero puede argüir que “ésas no son consideraciones económicas”.

Se objeta a todo esto que –por esa teoría de “las migajas”– cuando se consigue que las mesas de los ricos estén muy repletas, algo cae para los pobres. Pero la teoría de las migajas no pasa de ser un manual de primeros auxilios, que deja gravemente heridas las posibilidades materiales para la libertad. Una cosa es que los cambios hay que hacerlos poco a poco y otra que sólo podemos cambiar poco. No puede haber verdadera libertad en un mundo con enormes y crecientes diferencias entre quienes tienen más y los que tienen menos.⁹ Ni en países donde las diferencias entre los ingresos más bajos y más altos superan las doscientas veces.

Encima, las crisis económicas sirven para agrandar esas diferencias, mientras la izquierda se engaña pensando que “cuando pase la crisis podremos volver a ser socialistas”. Pues no, cuando pase la crisis, las dosis de justicia social que quepan dentro del sistema serán inferiores a las que cabían antes.

(Y notemos: eso mismo se hubiese producido tras la crisis del 29, de no haber sido por el horror de la segunda guerra mundial que nos dejó estremecidos y, por un momento, dispuestos a portarnos mejor, aunque esa buena conducta no fue universal ni en el tiempo ni en sus destinatarios. ¿Necesitaremos hoy otra tercera hecatombe mundial para decirnos a ser un poco mejores?)

2.2.4. Derecho a un trabajo digno

Según la Declaración de derechos humanos de 1948 (n. 23), todo ser humano tiene derecho a un trabajo digno. Por tanto, si un sistema económico es intrín-

secamente incapaz de satisfacer ese derecho tan primario hay que concluir o que el sistema es injusto o que aquella Declaración carece de vigencia, y sólo fue escrita para invocarla según conveniencias. Es urgente optar en este dilema, ahora que el trabajo se convierte en material de promesas electorales ilusorias, que hablan de él como un regalo y no como un derecho. Es pues comprensible que Amartya Sen critique que midamos el índice de desarrollo por “ingresos” y no por “satisfacción de derechos”.

2.2.5. Adorar al dinero no da felicidad

Por si fuera poco, la adoración del dinero tampoco ha dado la felicidad a quienes lo tienen. El dinero da satisfacciones a las dos tendencias más fuertes del ser humano (la de seguridad y la de ser considerado). Pero el título aquel de “los ricos también lloran” no debería sonar sólo como una defensa del *status quo* económico sino como puesta en evidencia de que el dinero no consigue realizar humanamente a quienes lo disfrutan: los introduce en una carrera jadeante de obsesiones y de guerras y los embota humanamente, amenazando con convertirles en inhumanos. No faltaba penetración humana a Teresa de Ávila cuando escribió que «a los ricos, sus hechos les tienen ciegos»¹⁰.

2.2.6. La guerra de todos contra todo

La izquierda debe saber que un sistema económico montado en exclusiva sobre la competitividad acaba llevando a la guerra de todos contra todos, y convirtiendo al hombre en “un lobo para el

hombre”. Ésta es una de las razones que hacen infelices a los mismos que lo disfrutan. Pues la competitividad es un excelente condimento para aderezar una tarea común; pero a todos los condimentos les basta con una dosis reducida que da sabor al alimento, pero no lo sustituye. Privilegiar la competitividad es como alimentarse sólo de sal, en lugar de sazonar con ella los alimentos.

2.2.7. La izquierda es intrínsecamente universal

Para ella los seres humanos valen por ser humanos y no por ser “de los míos”. Aunque la misma eficacia pida parcializar las gestiones (igual que cada miembro del cuerpo humano tiene su tarea), esa localización no puede olvidarse ni agredir al todo. Pretender el desarrollo y la prosperidad sólo para mí y los míos, al margen (o incluso a costa) de los otros, es profundamente reaccionario. El principio “pensar globalmente y actuar localmente”, es esencial para la izquierda.

2.3. Conclusión: Economía y Ética

Vista la vinculación entre ambas, añadamos ahora que se trata de una ética tanto personal como estructural.

2.3.1. Ética personal

En dos campos:

a) Sobriedad. Dije antaño que el desvío de la izquierda comenzó cuando la esposa de un ministro socialista afirmó que «también los socialistas tenemos derecho a veranear en Marbella». Nin-

gún socialista tiene ese derecho mientras haya un solo ser humano que no puede veranear, en ninguna parte. Aceptar eso puede no ser eficaz económicamente, pero es eficaz humanamente.

Los políticos de izquierdas no son políticos por interés de carrera personal sino de servicio social, sin embargo, en plena crisis económica, vimos parlamentarios europeos “de izquierda” que se negaban a dejar de viajar como VIPs.

b) Responsabilidad ciudadana. Si nos consideramos consumidores y no ciudadanos, lo público se hundirá en su gran amenaza: el abuso tanto por parte de quienes lo gestionan como por parte de quienes lo disfrutan. Esa conciencia implica una seria educación que nuestro país es incapaz de conseguir, dividido entre quienes quieren educación para unos pocos pero de gran calidad, y educación para todos pero que resulta ser de escasa calidad. ¡Qué gran falta de responsabilidad ciudadana!

Finalmente, esa misma ética personal y humana lleva a buscar una:

2.3.2. Ética estructural

Marx cometió bastantes errores sobre todo en sus predicciones. Pero acertó en algunos análisis: por ejemplo, que sin unas estructuras económicas adecuadas, ni los oprimidos pueden redimirse ni los bienestantes pueden mantener su ética personal. Es inconcebible que sus sucesores hayan olvidado eso. Con la mejor voluntad hemos llegado a tener gobiernos o “socialismos limosneros” que, en tiempos de bonanza, dan limosnas de cuatrocientos euros o cheques-bebé, sin por eso disminuir las diferencias abis-

males entre los que tienen más y los que tienen menos. Y es que esas diferencias son esenciales en nuestro sistema, para que haya bonanza. Lo cual vuelve a ponerlo en evidencia.

Raíz de ese olvido pudo ser la fe ingenua de que la izquierda tenía a mano la receta para un mundo mejor, sin someterla al análisis y al rigor. Y esa receta no era tal: la mera planificación central no puede funcionar en sistemas de grandes dimensiones pues, aunque se haga con buena voluntad distributiva, carece de mil informaciones y ahoga una gama inmensa de iniciativas (con lo que necesitará recurrir al autoritarismo político para mantener ese ahogo).

Cuba ha acabado reconociendo que su sistema “no funciona”. Las iniciativas privadas son necesarias pues enriquecen las posibilidades de acción; pero necesitan ser reglamentadas porque si el espontaneísmo es arriesgado y enriquecedor, es también irresponsable, autodestructor y cruel. Mérito de la Iglesia es haber proclamado el principio de subsidiariedad,¹¹ aunque tenga el demérito de no aplicarlo a sí misma (de ahí su crisis actual). Juan Pablo II en la *Laborem Exercens* insinuó la vía de una planificación pero descentralizada y con “autonomías”¹²: de modo que los ciudadanos puedan participar en la gestión del gasto público.

El estado puede recurrir a la iniciativa privada ¡por supuesto! Pero a una iniciativa que no busque su propio enriquecimiento desmedido, sino lo que ella misma proclama cuando se autojustifica: servir al país y crear puestos de trabajo. Si busca eso aceptará que el estado le imponga limitaciones de sus benefi-

cios, para atender de veras a los otros dos fines proclamados (servicio al país y derecho al trabajo). Keynes, que no era ningún socialista, exigía políticas estatales que limitasen la codicia individual como único camino de evitar crisis. Quien no acepte estas condiciones, quien pretenda una iniciativa “privada y predatoria”, que renuncie a esas pretensiones y deje espacio para otros en el servicio a lo público. La desigualdad debe ser combatida, porque el mal reparto económico lleva a arbitrariedades en los demás campos.

Como ejemplo de eso miremos el campo penal. Buena parte de los que pueblan nuestras cárceles están en ellas no por haber delinquido sino por delinquir siendo pobres. El muchacho que, sin ser drogadicto, aceptó pasar droga porque necesitaba dinero y fue descubierto, puede arrostrar años de cárcel por un delito “contra la salud pública” (que es la salud de los más ricos) y degradarse así en una cárcel que rara vez habitan los que son causas últimas de la injusticia. Cárceles que abandonaron su primer intento regenerador (más que vengador) sin que se haya abierto todavía la posibilidad de sustituir algunas de esas penas absurdas de prisión por servicios en beneficio de la comunidad.

2.3.3. Estructuras de pecado

La búsqueda de una justicia estructural no se hace por razones técnicas sino porque existen “estructuras de pecado” (Juan Pablo II).

Esa falta de ética en las estructuras económicas es la matriz de nuestro sistema y esto parecen haberlo olvidado

las izquierdas, que acabaron aceptando expolios y desigualdades a cambio de mínimos suficientes para la mayoría. Vivimos en una economía violenta, cuya innegable y espectacular eficiencia se funda en la reducción al máximo de los llamados “costes laborales” (salarios injustos, despido barato, seguridades mínimas...): lo que D. Cohen ha llamado acertadamente «la prosperidad del mal»¹³. El sistema necesita reducir al mínimo los puestos de trabajo y crear un “ejército de reserva” que permita decir a la hora del contrato: “esto es lo que hay, si no te gusta tengo varios centenares esperando...”. Los costes laborales son inversamente proporcionales a los sufrimientos “personales” y eso no quiere verlo el sistema, mirando para otra parte. Hace más de cien años que León XIII calificó esos modos de proceder como «una violencia contra la cual protesta la justicia»¹⁴.

La ambición del sistema es insaciable. Y, tras esa primera victoria, busca no ya reducir al máximo sino suprimir del todo los costes laborales, haciendo que el dinero produzca riqueza por sí solo, sin colaboración alguna del trabajo. Si a veces se cumple el refrán de que “la avaricia rompe el saco” (como ocurrió con las hipotecas basura y los NINJAS), eso no es problema porque quien remendará el saco roto no serán los beneficiarios del sistema sino sus víctimas: el dinero público evitará que se hunda la barca de quienes la sobrecargaron con dinero privado... Otra violencia contra la que la justicia protesta.¹⁵

Y es que el dinero puede ser ocasión de riqueza pero no puede ser causa de ella como si fuera fecundo por sí mis-

mo. El dinero es como la ventana que, al abrirla, deja entrar la luz del sol; pero de ninguna manera es el sol que ilumina.¹⁶

2.4. Apéndice: ¿por qué?

Tanto la fe en el cambio posible, con que abríamos ese capítulo, como la ética del cambio necesitan un fundamento del que hoy parece carecer la izquierda. Antaño vigía la convicción de que el cambio del sistema era inminente y estaba garantizado por las estructuras mismas de la materia. Fue la gran superstición de K. Marx que cegó a muchos seguidores suyos y que ya no se sostiene. Hoy es preciso luchar sin saber lo que se espera, pero creyendo que la causa vale por sí misma, que la meta es el camino, igual que la utopía consiste en caminar hacia la utopía. Esperando que la batalla será fecunda, pero aceptando que quizá no veremos nosotros esa fecundidad.¹⁷

Todo esto obliga a buscar dónde se funda esa actitud. Habermas, el gran “guru” del momento, viene sugiriendo hace tiempo que sin Dios falta a la izquierda el punto de apoyo para mover al mundo: porque pretender «mantener un sentido incondicional sin Dios, es cosa vana»¹⁸. No decimos eso como una baza, para los creyentes sino como una mayor obligación: porque Jesús declaraba que lo importante no es decir “Señor, Señor” sino “cumplir la voluntad del Padre”. Y no es lo mismo una persona sin Dios que una cultura sin Dios: pues aunque, lógicamente, la cultura ambiental condiciona las conductas personales, también es cierto que las

personas suelen ser mejores que su cultura y pueden atisbar a niveles prácticos la validez de conductas para las que quizá su cultura no suministra motivos teóricos. Para eso basta con exponerse en serio al impacto de las víctimas que es lo que Habermas no consigue hacer. La escena evangélica del juicio final (Mt 25,31ss) muestra que los que obraron bien no conocían a Dios.

Matizado esto, hay que reconocer que Habermas no está solo en su tesis: casi más fuerte es la afirmación de M. Horkheimer (agnóstico también): «la política [¿y si dijéramos la economía?] que no contenga teología, aunque sea de manera muy poco consciente, no dejará de ser a fin de cuentas un negocio, por muy hábil que éste sea»¹⁹. Antes de él, W. Benjamin o T. Adorno con su necesidad de pensar las cosas “mesiánicamente” o “desde la redención” y, entre nosotros, J. Muguerza con su insistencia en la necesidad de lo que él se atreve a llamar «una superstición humanitaria»²⁰, marcan un camino decisivo para la identidad de la izquierda, cuyo naufragio no es debido propiamente a la pérdida de fe religiosa sino a la pérdida de esa fe “mesiánica” (pese a los riesgos y matices que los mismos evangelios introducen en la idea de mesianismo).

Por eso conviene distinguir entre “funcionamientos” y “fundamentos”: los seres humanos actuamos con frecuencia desbordando los fundamentos racionales que tendríamos para nuestro actuar, precisamente porque no somos sólo razón.

En conclusión: esta identidad de la izquierda, junto a la amenaza ecológica evocada al final del Cuaderno, permiten comprender la razón de Ignacio Ellacuría cuando hablaba de una “civilización de la pobreza” como única salida para nuestro mundo. Suelo dulcificar esa dura expresión, hablando de una civilización “de la sobriedad compartida”. Pero en cualquier caso, ser de izquierdas hoy supone aceptar que nuestro mundo desarrollado debe bajar de sus niveles de riqueza (que no son realmente niveles “de vida”). No aceptar eso está en la raíz del desconcierto y crisis de la izquierda. Por ello me permito recordar que, para la Biblia, la abundancia es un don de Dios sólo cuando es abundancia para todos: la frase del profeta Isaías (25,6): «el Señor ofrecerá un banquete de manjares suculentos y vinos de soleira», añade expresamente que se trata de una oferta «a todos los pueblos». Mientras que la riqueza (como abundancia privatizada) es una maldición de Dios.

3. IZQUIERDAS DE PLÁSTICO

El lector puede saltar este capítulo. Pero quisiera evocar, con tono de humor, reposado y de entreacto, algunos disfraces con que la izquierda busca tranquilizarse a la vez que se traiciona. No desautorizo todos los puntos de la enumeración que sigue; alguno es legítimo y otros importantes. Sólo sostengo que, o no son de izquierdas, o pertenecen a lo que antaño calificué como “izquierda barata” (parodiando la expresión de Bonhoeffer sobre “la gracia barata”): pues efectúan un corrimiento de lo que en la introducción calificábamos como “izquierda económica” hacia otros campos menos claros.

3.1. “Mujeres al borde... ¡de un ataque de sueldos!”

Laudable el empeño de Zapatero por la igualdad de hombres y mujeres en los cargos políticos. Pero discutible el contentarse con eso, poniendo todo su empeño en una paridad matemática (que sólo afectará a pocas mujeres), y sin legislar sobre la igualdad de salarios para ambos géneros que afectaría a muchas más (las diferencias llegan ¡hasta el 25%!). Malo es que un símbolo igualitario frene la verdadera igualdad en lugar de promoverla. Más de izquierdas sería reducir la desigualdad entre el banquero con un *bonus* de 25 millones de

euros y el pobre parado al que se le acaban hasta los 450.

3.2. Fundamentalismos laicistas

«Cuando la izquierda pierde el norte no puede resistir la tentación de zamparse unos curas» escribía en *La Vanguardia* (19 de agosto de 2011) el “*seny*” ilustrado de Antoni Puigverd. Descuidando las tareas más importantes delineadas en el segundo capítulo, muchas izquierdas parecen consolarse tratando de acabar con todo vestigio religioso en la estructuración de la sociedad, con un ímpetu digno de mejor causa. Con ello quizás

eliminen “lo religioso” pero no acabarán con la superstición a la que tan proclives somos los seres humanos, y que sólo en una fe auténtica encuentra modo de convertirse.

Por supuesto, las religiones han fallado con frecuencia y tienen una parte criminal en su historia. Pero fueron precisamente hombres creyentes (como Jesús o Pablo de Tarso) quienes más lúcidos se mostraron en la denuncia de esa tentación de las religiones. Tentación no exclusiva de ellas sino propia del ser humano cuando desea vivir para alguna causa que valga la pena.

No cuestionamos ahora las culpas o errores de la Iglesia, sino la reacción ante esos errores. Porque algunos laicismos por su modo de comportarse se ponen a la altura de lo peor de la Iglesia: como aquellas derechas que, apelando al estalinismo, satanizaban toda pretensión socialista.

3.3. “El aprendiz de brujo”

Así se titula una breve pieza musical de P. Dukas, basada en una narración de Goethe, donde el autor francés consigue convertir la melodía en amenaza, por su carácter insistente y acelerado en el que las notas acaban formando una especie de bucle del que parecen no poder desprenderse. En este sentido hablé antaño del “imperativo tecnológico” como uno de los grandes enredos de nuestra civilización: aquello que es posible hacer, se convierte en obligatorio, debe hacerse a toda costa, sin atender a otras consideraciones humanas.²¹

La técnica, que debía estar al servicio del hombre, acaba poniendo al hom-

bre a su servicio, originando a la tecnocracia que, unida a la pseudocracia (o poder de la falsedad) típica de nuestros medios de comunicación, amenazan seriamente nuestras democracias. La técnica devora todos los valores: a unos los “tecnifica”, a otros los elimina.²²

¿Conseguirán las redes sociales, *Twitter*, *Facebook* y demás, abrir un boquete en esa nueva dictadura, como lo abrieron en muchas dictaduras islámicas? Ojalá. Aquí sólo importa señalar que la técnica tampoco es intrínsecamente de izquierdas y que la izquierda ha caído también mayoritariamente en esa “tecnolatría”, erigiendo al progreso técnico en única forma posible de progreso y sacrificándole las grandes causas humanas del hambre, la miseria, sanidad universal y justicia social. Es llamativa la poca atención dedicada por las izquierdas a profetas como Jacques Ellul que ha sido, dentro de la izquierda, uno de los grandes debeladores de la esclavitud del hombre al sistema técnico.²³

Todo eso es algo muy distinto del gran aprecio que debemos a la técnica. Sólo quiere decir que hay valores que están por encima de ella, que la misma técnica debe estar al servicio de las necesidades más primarias del hombre y no al servicio del refinamiento y de su propia prisa. Derechas e izquierdas han caído aquí en la misma rendición inhumana.

3.4. La izquierda “de cintura para abajo”

El libertinaje sexual tampoco es de izquierdas: mucho antes de que la iz-

quiera lo reivindicara habíanlo practicado monarcas y hasta algún papa. No evocaría este punto si no implicase el tema del aborto: uno puede ser convencido antiabortista y oponerse a que un estado laico penalice o lleve a la cárcel a cualquier mujer que haya abortado, pues las circunstancias de la vida son a veces de una complejidad enorme. Pero eso no significa que el “aborto libre y gratuito” sea un auténtico grito de izquierdas: pues niega el derecho a ser persona a quienes están indefensamente destinados a ello.

3.5. “Una, grande y libre”

Los nacionalismos pertenecen al campo de los sentimientos donde es fácil herir, cosa que no quisiera. Por entrar en ese campo es difícil regularlos por la razón: pues nuestra razón, pese a su pretensión de universalidad, es enormemente situada y condicionada por su situación. Hay que apelar entonces a la ética y al respeto al otro. Pero esto dificulta más las cosas.

Volviendo a nuestro tema, parece innegable el carácter profundamente conservador del patriotismo hispánico. En USA el sentimiento más nacionalista lo esgrime y lo utiliza el llamado *Tea Party*. En Inglaterra pasa lo mismo con los conservadores que son, a la vez, los más hostiles a la Unión Europea... Los nacionalismos periféricos pueden pensar que esto no les afecta a ellos. Pero creo que es simplemente porque no tienen estado. La defensa de evidencias como el estado palestino y la autodeterminación del Sahara encontrará más resonancia en ellos. Pero si tuviesen esta-

do y hubiesen de pagar los precios que ello implica, su solidaridad se enfriaría.

La única conclusión que intento sacar de todo eso es que no hay que tranquilizar la conciencia izquierdista con sentimientos nacionalistas. Luego cabrían otras reflexiones que ya desbordan nuestro tema y van en estas direcciones.

– No olvidar el aviso de J. Nabert sobre los patriotismos: su tendencia irrefrenable a: «utilizar el nosotros como una forma de engrandecimiento del yo»²⁴. Es nuestra necesidad personal de reconocimiento y autoafirmación la que tiende a crear esos mitos.

– No olvidar otro rasgo fundamental de la psicología humana: hay gentes que tienen la virtud de volver amable todo aquello que ellos aman. Hay otras que aman sus cosas de tal manera que tienen la desgracia de hacerlas aborrecibles a los demás.

– Saber que sólo hay posibilidad de entenderse cuando se piensa también en el sufrimiento del otro (no cuando se quiere causarle un sufrimiento por merecido que nos parezca). Es la lección del drama yugoslavo que no deberíamos olvidar: cada cual pensó sólo en su propio dolor y no en el del otro.

– Atreverse a examinar fríamente cómo nos ven los demás y preguntar por qué, sin presuponer que todo lo negativo que vean en nosotros es debido al desprecio que nos tienen. C. Jung explica que todos tenemos un “personaje” (la imagen ideal que nos hacemos de nosotros mismos y quisiéramos dar a los demás); pero a

ese personaje le acompaña siempre una “sombra” (lo que no podemos ver de nosotros mismos y los demás sí que ven). Eso nos lleva a sentirnos falsa o exageradamente víctimas o incomprendidos, y a incorporar esa condición a nuestro personaje. Lo cual crea una indignación que nos permite ya creernos revolucionarios o de izquierdas. Pero no es la de los “indignados” del 15M.

En resumen: sea usted nacionalista si quiere, pero no tranquilice con ello su conciencia de izquierdas.

3.6. El buen nombre de la izquierda

En un mundo donde una empresa impone a sus trabajadores diez horas de trabajo con ocho en cadena de montaje sin comer y horas extraordinarias obligatorias, mientras su administrador gana al año 4 millones de euros (más que todos los trabajadores juntos), amén de beneficios en *stock options* e impuestos pagados en Suiza y no en su país,²⁵ en un mundo con 900 millones de hambrientos y 1500 millones de obesos... en un mundo así no es de recibo sustituir la izquierda difícil y verdaderamen-

te importante desde el punto de vista humano, por una serie de consoladores fáciles. Sin embargo, algo podemos aprender de los anteriores intentos fallidos: también pertenece a la auténtica izquierda el máximo posible de tolerancia y el mínimo indispensable de violencia²⁶ para defender a los demás. Y en la ausencia de estos valores se tocan los extremos: tanto la extrema derecha como la extrema izquierda.

Termino evocando que la designación de izquierdas alude a la mayor dificultad de la empresa: hacer las cosas con la mano derecha es lo más fácil (salvo si somos zurdos). Quizá por eso los griegos llamaban a la izquierda “buen nombre” (*eu-ónymos*)²⁷. Cerremos pues este entreacto subrayando el horizonte fundamental de una ética de izquierdas (similar al doble primer mandamiento del evangelio): amar a las víctimas de esta tierra sobre todas las cosas. Como evocan estos preciosos versos de una poetisa brasileira:

«Moro num lugar chamado globo terrestre / Onde se chora mais / Que o volumen das aguas denominadas mar / Para onde levam os ríos outro tanto de lágrimas / Aqui se passa fome. Aqui se odeia...»²⁸

4. "AL ANDAR SE HACE CAMINO"

«Miles de personas murieron y la salud de unas 100.000 todavía sufre las secuelas. Aunque los sobrevivientes intentaron obtener justicia a través de tribunales de India y EEUU, un cuarto de siglo después las medidas de rehabilitación distan mucho de ser adecuadas y en ningún momento se han exigido responsabilidades a nadie por la fuga o sus consecuencias... Los intentos de garantizar justicia se malogran debido a sistemas judiciales ineficaces, falta de acceso a la información, intromisión de las empresas en los sistemas reguladores y jurídicos, corrupción y poderosas alianzas entre empresas y estados.»

«Es necesario un esfuerzo comparable [al de la Declaración de los derechos del hombre] para generar la misma energía dedicada a la creación de la Corte Penal Internacional y los mecanismos internacionales de justicia, en esta ocasión destinada a incorporar mayor rendición de cuentas en un orden económico y político mundial que no tiene en cuenta los derechos humanos.»

Amnistía Internacional 2010,
informe ante el 25 aniversario de la catástrofe
química de *Union Carbide* en Bhopal (India).

Medítese la última frase. Ante un orden socioeconómico que pisotea los derechos humanos y no rinde cuentas de ello, y aun sabiendo con realismo que «se hace camino al andar», parece que la tarea identificadora y vivificadora de la izquierda debería ser cambiar la bar-

barie de nuestro mundo. Ya sea por indignación (si nos queda dentro una chispa de humanidad) o si no, pues por miedo.

Indignación y miedo serán el primero y último punto de los pasos que vamos a enumerar para el camino.

4.1. “Indignaos”. (Hessel)

Hay sensibilidades dignas de respeto a las que una mirada a la brutalidad de nuestro mundo las pone enfermas. Vale la pena recordarles la bienaventuranza del evangelista Mateo cuyo contenido es: «dichosos los que reaccionan con aflicción ante el dolor de este mundo». Y recomendarles que no cierren los ojos ante esos espectáculos, ni “apaguen el televisor” que bastante poca información da sobre la verdad de nuestro mundo. Si duele, traten de convertir su afectación en indignación: porque también a ellos les están maltratando. De lo contrario serán como la muchacha que quería ser enfermera para ayudar a los demás pero, por no poder soportar la vista de la sangre, hubo de abandonar la carrera y su vocación de ayuda.

La indignación no es ira ni odio ni violencia... Es la reacción que surge espontáneamente cuando te acercas de corazón a los excluidos de la tierra y ves cómo son tratados. Quienes pretenden que lo propio de la Iglesia es la caridad y no la lucha por la justicia, ponen en evidencia una notable falta de caridad: pues la caridad verdadera lleva siempre al hambre de justicia.²⁹ Si no cerramos los ojos ante la barbarie de nuestro mundo, entonces la indignación y el dolor (y la indignación por el dolor) nos pondrán activos, nos harán comprender que hay que salir de ahí como sea y que es posible hacerlo si mantenemos una “fe indignada”: configurada por la solidaridad, que nos ayudará a trabajar “con temor y temblor” (como recomendaba san Pablo) para no estropear nuestro trabajo, pero también con obstinación y arrojo. Sin buscar el cielo en la tierra,

pero tratando siempre de pasar de lo humano maltratado a lo que Paulo Freire llamó “inédito viable”.

Así iremos descubriendo que ese modo de vivir es el que más sentido y plenitud da a nuestras vidas, a pesar de las heridas que nos impone soportar. Y en la medida en que seamos muchos los afligidos e indignados, más fáciles serán las cosas.

Este fue el significado de los movimientos del 15M. Es comprensible que sean criticados por una derecha que se siente tan cómoda en nuestra “democracia irreal” como los franquistas en la democracia orgánica del dictador. Pero es dudoso que nuestras izquierdas puedan apropiárselos, puesto que también ellas eran criticadas, por su abdicación de grandes valores democráticos en provecho propio (caso de la ley electoral por ejemplo). Aquellos polvos trajeron estos lodos.

4.2. Mundialismo

Uno de los motivos más serios que tenemos hoy para indignarnos es la siguiente Declaración que adoptó la Asamblea General de Naciones Unidas hace casi cuarenta años, y que no conviene olvidar:

«Habiendo convocado un período extraordinario... para estudiar y considerar las dificultades económicas con que se enfrenta la comunidad internacional, teniendo presente el espíritu, los propósitos y los principios de la carta de N.U. de promover el progreso económico y social de todos los pueblos, proclamamos

solemnemente nuestra determinación común de trabajar con urgencia por el establecimiento de un nuevo orden internacional basado en la equidad, la igualdad, la soberanía, el interés común y la cooperación de todos los estados...., que permita corregir las desigualdades y reparar las injusticias actuales, eliminar las disparidades entre los países desarrollados y garantizar a las generaciones presentes y futuras un desarrollo económico y social que vaya acelerándose en la paz y la justicia.»

Lo indignante de esa declaración no es su contenido, naturalmente, sino que, habiendo sido aprobada por 120 votos a favor y sólo seis en contra (más diez abstenciones), no haya servido absolutamente para nada. O peor, ha dado paso a un orden económico literalmente contrario al que allí se proclamaba, y que pone en ridículo “el espíritu y los propósitos de la carta de NNUU”.

La razón de esa contradicción se percibe en seguida: votaron en contra Estados Unidos, Alemania (occidental), Gran Bretaña, Bélgica, Dinamarca y Luxemburgo. Se abstuvieron: Austria, Canadá, España, Francia, Holanda, Irlanda, Israel, Italia, Japón y Noruega. Es decir: todo el mundo rico se opuso a esa resolución y, pese a ser una minoría llamativa, ha conseguido impedir su puesta en práctica. Ese mismo mundo rico no se recata luego de apelar a la autoridad de Naciones Unidas cuando le interesa invadir un país para probar sus armas o asegurar su petróleo. Entonces habla de “coalición internacional” olvidando que mucho más internacional era la coalición que votó en 1974 la decla-

ración citada. Y no es que seamos unos malvados: por lo general los seres humanos son más buenas personas que otra cosa; lo que sucede es aquello del refrán: «entre Dios y el Dinero, lo segundo es lo primero» (o: entre el hombre y el dinero, si el lector no es creyente).

Más allá de nuestra hipocresía, la importancia de aquel decreto deriva del carácter *mundial* de su planteamiento. La izquierda olvidó demasiado pronto la atinada observación de K. Marx: es imposible la revolución en un solo país. Y en nuestro mundo globalizado todavía menos. Este olvido ha llevado a meras reivindicaciones particulares que convierten las revoluciones en un gallinero de reivindicaciones individuales e insolidarias.

Por eso son urgentes metas globales, sin las cuales ya no se avanza: un mundo sin esa OMS, que trabaja sólo en favor de las compañías farmacéuticas, a costa del bolsillo y la salud de los ciudadanos menos favorecidos (recordemos el bluff de la gripe A). Un mundo sin una OMC que trabaja sólo en favor de las multinacionales y los países más ricos contra los campesinos. Un mundo sin el FMI y el BM que trabajan sólo en favor de las élites de cada país y del ultraliberalismo más radical, condenando a casi toda la población de los países pobres a la exclusión alimentaria, sanitaria y educativa.³⁰ Un mundo sin una Unión Europea que pone como obligatorias todas las prácticas que atañen a la ortodoxia económica, pero sólo como recomendaciones las que afectan a la justicia social. Y un mundo con otra ONU sin veto de los poderosos, que no sea una imagen “virtual”, o un león de

papel para reinar en una selva de auténticas fieras.

4.3. Informaciones alternativas

Nuestros Medios de Comunicación Social constituyen el mayor freno a esa indignación que debería ser punto de partida para el cambio. Convertidos en esclavos del dinero, han perdido libertad y radicalidad: *El País* o *La Razón* son ambos diarios de derechas aunque difieran (quizás hasta sañudamente) en algunas de las cuestiones que antes calificué como izquierdas de plástico. El hambre, la justicia social, la igualdad... casi no tienen cabida en los MCS, pese a su enorme presencia en la vida; o la tienen a horas en que duerme la inmensa mayoría de la población. Los miles de muertos de hambre cotidianos (niños entre ellos) son mucha menos noticia que si una Shakira o un Casillas se ven o no se ven, se juntan o se separan, se embarazan o se desembarazan con sus respectivas parejas. Menos noticia que las calificaciones de agencias incontroladas (pagadas a veces por los grandes poderes económicos), las cuales pueden hundir a un país afirmando que “no es fiable”, y declarar la absoluta fiabilidad de Lehman Brothers días antes de que se hundiera.

Los MCS se excusan alegando que “eso es lo que quiere el público”: modo limpio de decir que eso da pingües ganancias. Olvidan la vieja enseñanza de H. Marcuse: el público necesita lo que se le hace necesitar.³¹ Nuestros medios actúan como si creyesen en aquella “mayoría silenciosa” en que se amparaba el presidente Nixon para justificar su

pésima política. Hasta que una oportunidad, como las que *Twitter* o *Facebook* abrieron hace poco en Túnez o Egipto, nos permite comprender que más que mayorías silenciosas lo que existe son mayorías silenciadas.

Puestos a soñar, me pregunto qué pasaría si un millón de parados se concentran silenciosos en el edificio de Presidencia del gobierno o ante las sedes de nuestros grandes Bancos y nuestras pequeñas multinacionales, y se quedan allí día tras día sin más armas que unas pancartas en las que se leyeran cosas como: “no tenemos ingresos”; “tenemos derecho a un trabajo digno” ...

4.4. Investigación económica, no crematística

Es decir, poner en acto lo que pedía el decreto citado de Naciones Unidas: «estudiar y considerar» no sólo para gestionar una economía injusta sino para sanarla o cambiarla. «Hemos examinado la economía actual y la hemos encontrado plagada de vicios gravísimos» escribía Pío XI hace ya 70 años.³² Aun reconociendo que los papas se equivocan a veces, el problema es que, cuando aciertan, se les hace todavía menos caso.

Hace ya siglos Aristóteles distinguió entre economía y crematística: la primera es el arte de gestionar lo que hay y lo que se puede producir (“administración de la casa” es la traducción etimológica de la palabra economía); la segunda es el arte de enriquecerse como sea.³³ Pues bien, lo que se enseña en casi todas nuestras escuelas de economía es en realidad crematística pura y dura:

es el “vicio gravísimo” que denunciaba Pío XI. «Las farmacéuticas no están interesadas en curarle a usted sino en sacarle el dinero», decía en *La Vanguardia* el premio Nobel de medicina Richard Roberts;³⁴ como los Bancos no están interesados en promocionarle a usted sino en sacarle el dinero. Un antiguo empleado de una banca de inversión cuenta cómo un director administrativo atraía a los posibles candidatos con la seductora promesa de llegar a ser “ricos como cerdos gruñidores”³⁵... Ya Jesús de Nazaret denunciaba a los escribas que no estaban interesados en rezar por las viudas sino en sacarles el dinero.

Si la economía tiene una enfermedad grave, se impone lo que recomendaba el citado decreto de la ONU: “trabajar con urgencia” buscando medidas que puedan poco a poco llevar a una transición. Reconociendo lo que ya se ha trabajado, que es más de lo que parece, pero reconociendo también que, por más que de vez en cuando se otorgue un premio Nobel a algún disidente de países del Este, hay tan poca probabilidad de que un disidente occidental (Noam Chomsky por ejemplo) se lleve un Nobel, como de que el Vaticano canonicé a monseñor Romero...

¿Por maldad? No. Simplemente porque, como escribió F. Engels: «no se piensa lo mismo desde una cabaña que desde un palacio». Esta advertencia vale para todas las ciencias humanas y, por tanto, también para la economía que es una ciencia humana y no un saber matemático, por muchas matemáticas que utilice. Una economía hecha “desde la cabaña”, o desde las víctimas de nuestro sistema, permitiría captar sus con-

tradiciones económicas (no sólo culturales): como que por un lado nos prediquen austeridad mientras, por el otro, nos dicen que debemos consumir más para salir de la crisis y activar la economía. ¿En qué quedamos?

Estos límites de nuestra razón desenmascaran el engaño tantas veces latente en el mismo vocabulario de las ciencias económicas. Por ejemplo, la famosa “mano invisible” del mercado, de la que se dice que acaba arreglándolo todo cuando se la respeta y no se quiere intervenir en ella. El tendero del que hablaba Adam Smith cuando acuñó esa frase en un ejemplo ya famoso, podía ser egoísta y estaba interesado en mi dinero. Pero, por las dimensiones reducidas de una relación personal, sabía que sólo lo conseguiría si me trataba muy bien y se esmeraba en ello. En cambio, con la universalización de los intercambios, las transacciones cobran una dimensión inabarcable y en ellas las personas concretas se convierten en actores abstractos e impersonales donde ya no hay ningún contrapeso personal que frene la ambición. En un diálogo de tú a tú podía haber mano invisible porque había rostros visibles; pero en la relación anónima no hay más que mano atracadora: como en los ejemplos citados de las Farmacéuticas o de los Bancos.

De este modo el neoliberalismo se estructura sobre lo peor de nuestra pasta humana. Por eso, hoy más que nunca, no todo puede ser mercancía de mercado. Ni puede la política ser una mera función de la economía sino exactamente al revés: la economía debe ser una función de la política.

4.5. ¿Lucha de clases?

Casi consecutivamente, el 19 y el 21 de junio de 2011, el entonces presidente de Grecia declaró que las medidas impuestas a su país son crueles e *injustas*, pero *necesarias*. Y el comisario económico de la UE declaró que España está “haciendo los deberes” pero se expone a ser *injustamente* tratada. Si preguntamos quién impone esas injusticias o esos deberes crueles, nos dicen: los mercados.

Tal respuesta es un reconocimiento expreso de aquello que Marx llamó descertadamente «lucha de clases». Descertadamente porque la palabra lucha parece situar la violencia en quienes son sus víctimas y no sus agentes. Lo que existe es una “agresión” fácil de explicar: entre los dos factores que determinan la producción—capital y trabajo—no hay un reparto equitativo de las cargas sino que el capital tiene primacía sobre el trabajo cuando en realidad debería ser al revés.³⁶

Esa primacía del capital aún podía entenderse cuando el capital era la tierra: porque la tierra es fecunda por naturaleza, aunque necesite ser trabajada. Pero resulta injusta cuando el capital es el dinero, porque éste no es fecundo de por sí como ya dijimos antes.

Capital, trabajo o mercados son palabras abstractas que disimulan aquello que designan: seres humanos concretos iguales en dignidad. Lo que se da en realidad es un primacía de los capitalistas sobre los trabajadores y luego (cuando buena parte de la economía es más financiera que productiva) una agresión de los mercaderes sobre los ciudadanos. Esa agresión es la que hace necesarias

las crueldades que soportan los griegos, y puede hacer insuficientes los sacrificios de los españoles...

A eso debió llamarlo Marx “agresión de clases”, no lucha. No parezca que la culpa está en aquellos que tratan de defenderse de una agresión, presentando como inocentes a los agresores. Esta injusta agresión es la que hace inmoral y cruel a nuestro sistema económico, por mucho que sea de una eficiencia deslumbrante. ¿Cómo pudo la izquierda olvidar esto?

4.6. ¿Top-less de ganancias?

Decíamos al acabar la primera parte que nuestro mundo desarrollado debe bajar sus niveles de riqueza que, con frecuencia, son sólo niveles de desvergüenza. Sin embargo, oímos a veces noticias sobre *bonus* de 25 millones de euros para el director de una Caja, o jubilaciones de dos millones para ex-directores de algún Banco. Noticias que se dan sin indignación alguna, con la misma neutralidad con que se puede decir que el gordo de la Lotería ha caído en... Alicante. Pero son noticias de auténticos crímenes morales aunque no sean delitos jurídicos.

La doctrina ética sobre la propiedad privada establece que es un derecho real pero “secundario”, cuyo objetivo es facilitar el cumplimiento de otro derecho más primario que es el destino común de todos los bienes. En la medida en que la propiedad privada no facilite, sino que impida, ese acceso de todos a unos bienes que son comunes, cesa de ser legítima y obliga a restitución. El carácter progresional³⁷ de los impuestos se

fundamenta en este principio moral, por más que se combata y se procure eludir esa obligación fiscal. Y es llamativo que en ese debate no se aduzcan nunca razones morales sino sólo razones económicas, reconociendo así sin querer que nuestro sistema económico es contrario a la moral. La izquierda conservó cierta sensibilidad correcta pero tímida, en este punto; hasta que le oímos decir sin rubor que “bajar los impuestos es de izquierdas”, mientras los autores de semejante perla recurrían al aumento de impuestos indirectos que gravan por igual al multimillonario y al mendigo.

Además de combatir semejantes injusticias, la izquierda debería trabajar por que no se hable sólo de salarios mínimos sino también de salarios “máximos”, legalmente establecidos. No se puede remunerar a nadie con lo que no es suyo. A partir de ciertos límites, las grandes fortunas deben saber que se han apropiado de algo que no les pertenece y están obligadas a devolver. Por eso hablan algunos de “erradicar la riqueza” como camino para erradicar la pobreza. Si los Padres de la iglesia decían que cuando das limosna no haces un acto de caridad sino de justicia, hoy los cristianos deben decir que cuando el muy rico paga impuestos no “tributa” sino que restituye.

Al establecer esos límites, la ley civil será bastante más laxa que la moral cristiana (porque ésta no debe ser imputada a todos en un estado laico). No obstante, debería quedar claro que, también para una ética civil o laica, la propiedad no es el romano *ius utendi et abutendi* (derecho de usar y abusar), sino un derecho limitado que apunta al

cumplimiento de otro derecho más primario. Pero ¿quién entre las hoy llamadas izquierdas se atreve a levantar la voz en este sentido? Ya sería mucho que acabáramos con la increíble epidemia de corrupción fácil (por una información, una recalificación, unos presupuestos...) que infecta por igual a derechas e izquierdas. ¡Ojalá que al menos los cristianos se distinguieran por eso!

Cuando redacto estas líneas estalla el conflicto entre los empleados de salud pública y el gobierno de CiU. No deja de ser alucinante el contraste entre recortes a la sanidad pública o a la RMI por falta de dinero... y la supresión del impuesto de sucesiones. Lo primero dañará sobre todo a capas muy débiles de nuestra sociedad, mientras que lo segundo beneficiará a quienes todavía pueden heredar. Ante semejante horror es inútil discutir si esa supresión era o no era eficaz económicamente. Aunque no lo fuese, era profundamente inmoral.

¿No es hora de poner coto a tamañas inhumanidades?

4.7. Al menos el miedo

Nuestra «hermana, madre tierra» (Francisco de Asís) está cada vez más enferma de una especie de cáncer de pulmón. Las catástrofes naturales han crecido en frecuencia e intensidad. Los políticos son conscientes de esa enfermedad, como muestran las cumbres de Kyoto, Coopenhague, Durban, etc. Pero son cada vez más débiles ante ella, como muestra el fracaso de esas cumbres.

En el supuesto inseguro de que consigamos salvar al planeta, la terapia pa-

ra salir de esa enfermedad nos costará más que los beneficios que obtuvimos envenenándolo. Por eso no nos decidimos a aplicarla seriamente. En China, tras las inundaciones record de 1998 en el valle del Yang-Tsé, provocadas por la tala masiva de árboles, el gobierno constató que «los árboles en el bosque valían tres veces más que los árboles talados», y cesó el expolio del bosque.³⁸ Pero allí se trataba de la propia casa. No ocurrirá lo mismo en la Amazonía porque ahora los depredadores son compañías extranjeras que dicen actuar en nombre “del progreso”, sin especificar que se trata del progreso de sus cuentas corrientes y no del planeta.

Además de la amenaza ecológica nos envuelve la amenaza terrorista. Hace años clamó el arzobispo Helder Cámara: «dad vuestros anillos antes de que os corten las manos». El poco caso que se le hizo conecta con atrocidades como la de las torres gemelas en New York. Doy por descontado que, en el caso del terrorismo, la culpa es toda de criminales desesperados y sin conciencia, que recurren a tamaña salvajada. Pero quiero añadir que no debemos darles ocasión y nuestro orden económico se la suministra. Mientras a nosotros nos sale más caro combatir el terrorismo de lo que nos habría costado construir un mundo más justo.

4.8. Apéndice. Izquierda e Iglesia

Resumamos en tono catequético: “estos mandamientos se condensan en dos”: civilización de la sobriedad compartida, y democracia económica. Vale de ellos

lo que repite con frecuencia el libro bíblico del Deuteronomio: «pongo ante ti la vida y la muerte; *a ti te toca elegir*». Y la cita bíblica nos lleva a añadir una palabra para las iglesias.

Las iglesias, que deberían ser campeonas de la justicia interhumana, son hoy tibias en este punto. Valen para ellas las palabras de Isaías: «el asno conoce a su dueño pero mi pueblo no me conoce» (1,3). En efecto, nunca oímos en las voces oficiales de la Iglesia frases como éstas: Tenéis en casa lo robado al pobre. ¡Ay de los que añaden casas a casas y juntan campos con campos! Venden al justo por dinero y al pobre por un par de hipotecas (de sandalias dice el original). Practicar la justicia es conocer a Dios. El culto que Dios quiere es que partas tu pan con el hambriento... Todas esas son frases bíblicas demasiado actuales. Pero parece como si el santo oficio las hubiese incluido en algún “Índice de citas prohibidas”...

En cualquier caso, la Iglesia necesitaría hoy un nuevo Pedro Nolasco (seglar y comerciante como aquél) que, frente a los mercenarios de la avaricia, fundase unos nuevos “mercedarios” de la gratuidad, buscando capital para invertirlo en rescatar a los cautivos de “los mercados” (que son los “sarracenos” de hoy); por ejemplo: creando puestos de trabajo digno sin más ganancias que las imprescindibles para mantener la empresa, pero sin beneficios personales. Y estando dispuestos a veces a quedarse ellos cautivos-sustitutivos si el tirano no acepta el rescate, «igual que Dios envió a su Hijo para liberar al género humano cautivo de la maldad»³⁹.

5. CONCLUSIÓN

En síntesis creo que el naufragio de la izquierda obedece a dos causas, que tienen relación con lo dicho al comienzo sobre los diversos significados de la izquierda en la economía y en los campos político y cultural.

En primer lugar, el olvido de las víctimas y de las desigualdades humanas que están en la base de esa tragedia. La izquierda aceptó que podría subsistir sin cambiar un sistema injusto e inhumano, suavizándolo sólo y sacando de él ventajas materiales a base de presiones. Esto quizá fue posible mientras el comunismo ruso seguía en pie y asustaba; pero una vez derribado, seguir por aquel camino es desconocer hasta qué punto es dogmático y cruel nuestro sistema económico.

En segundo lugar, adoptar la misma noción de progreso que las derechas, creyendo que el mero crecimiento material (aunque cree desigualdades inicuas), traería mecánicamente una trans-

formación espiritual y un desarrollo humano de los individuos y que, por tanto, la ética estaba de más en la economía. El viejo Marx tiene mucha culpa de este segundo error que él compartió y que había bebido en las fuentes mismas de la Modernidad: su fundamentalismo del progreso le impidió vacunarse contra este engaño tan agradable. Así olvidó la izquierda que no nos hallamos sólo ante problemas técnicos sino ante problemas éticos.

Ante lo expuesto en este Cuaderno creo que caben tres reacciones para una sensibilidad de izquierdas.

a) *La izquierda infantil* se cree más radical por dictaminar que todo está muy mal y “todos son iguales”, hacien-

do de esas críticas una excusa excelente para desentenderse de cualquier esfuerzo por caminar hacia otro mundo posible.

b) *La izquierda optimista impenitente* cree que, a pesar de todo, la humanidad progresa, que aparecen hitos irreversibles: declaraciones como la de los Derechos humanos, hechos como la llegada de un presidente de color en Estados Unidos, o el feminismo, calificado por Juan XXIII como un «signo de los tiempos»... Pero la historia progresa más despacio que nuestra conciencia individual; por eso hay que luchar desinteresadamente aunque, como al patriarca Moisés, no nos toque “entrar en la tierra prometida”. La historia muestra cómo las derechas acaban aceptando las reivindicaciones de la izquierda (estado social, sufragio universal, derechos de la mujer...).

c) Otros, sin ser tan optimistas y sin excluir que los hombres podamos acabar destruyendo nuestro planeta, aceptan que, nadando contra corriente, quizá no consigamos avanzar pero, al menos, evitaremos que la corriente nos lleve al abismo. Porque, visto el panorama, lo que nos amenaza es una especie de fascismo universal, del que parecen ir surgiendo no ya brotes verdes sino brotes “negros”, en lo que Naomi Klein llama: «El capitalismo del desastre».

Nos toca elegir entre la sobriedad solidaria o el desastre. Pero sin olvidar, parodiando otra frase bíblica, que «el hombre no se justifica por ser de izquierdas». El juicio sobre las personas no nos toca a nosotros. Quien se cree mejor por ser izquierdista no es propiamente de izquierdas. Es sólo un fariseo de la izquierda.

«Rebeldes al hogar o en su nostalgia
todavía avanzamos en la noche,
con el sello de Dios en nuestras frentes
camino de la tierra presentida»

Pere Casaldàliga
Antología personal

1. Ver «Manifiesto para una tolerancia imprescindible», (*El País*, 3 de enero de 2005).
2. Partido Revolucionario Institucional, surgido tras la revolución mexicana y que se mantuvo setenta años seguidos en el poder con orientación cada vez más derechista.
3. 20 noviembre 2010. Citado en *Le Monde Diplomatique*, diciembre 2010, pág. 1.
4. Mortal tanto a niveles de personas como de la misma tierra que constituye nuestro entorno: crisis ecológica y opresión humana tienen la misma causa.
5. Si tradujera al griego la expresión “gestión de la casa” tendría que escribir eco-nomía...
6. Por supuesto, las víctimas pueden tener su culpa, pero no son los únicos ni los primeros culpables de su situación: tienen incluso cierto derecho a esa culpa como decía Vicente de Paúl.
7. Así lo ha visto muy bien Reyes MATE en su espléndido *Tratado de la injusticia*, Barcelona, Anthropos, 2011.
8. En *Economic possibilities for our grand children*. Esas palabras fueron recordadas críticamente por E. SCHUMACHER en *Lo pequeño es hermoso*, Madrid, Hermann Blume editores, pág. 85 y más tarde en L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *El hombre roto por los demonios de la economía*, Madrid 2011, pág. 29.
9. En los comienzos del capitalismo se situaban entre 1 y 2 ó 1 y 3, y en los últimos cincuenta años ha pasado hasta 1/60 y últimamente 1/90.
10. *Libro de la vida*, 38,3.
11. Encíclica de Pío XI *Quadragesimo anno* n.79-80
12. Esto parece haber funcionado a niveles reducidos (Mondragon, Marinaleda –único pueblo de España sin paro y donde todo el mundo tiene vivienda– o los primeros ayuntamientos con “presupuestos participativos” en el sur de Brasil, regidos por el PT). El problema es saber trasladarlo a grandes dimensiones.
13. Daniel COHEN, *La prosperidad del mal. Una introducción inquieta a la economía*. Madrid, Taurus, 2010.
14. Encíclica *Rerum Novarum* n. 32
15. «En el año posterior a las crisis de las hipotecas-basura, los gobiernos han destinado más dinero a mantener los Bancos y las instituciones financieras, que el que todo el mundo ha invertido en 50 años para ayudar a los países pobres.» (citado en *Le Monde Diplomatique*, mayo 2011, pág. 28).
16. Por eso Aristóteles (defensor de la propiedad privada por otra parte) sostiene que: «La usura no es conforme a la naturaleza y es aborrecida con toda razón: porque en ella la ganancia procede del dinero mismo y no de aquello para lo que fue creado el dinero. El dinero se creó para facilitar el intercambio mientras que en la usura se lo utiliza para engendrar más dinero... De modo que, de todos los negocios, éste es el más antinatural». *Política*, libro I, 1258 B. En la *Ética a Nicómaco* llega a calificarla como «oficio indigno de gentes libres y propio de alcahuetas y gentes por el estilo».
17. Remito a mi viejo comentario al libro *Marx y la Biblia*, del mexicano J. P. Miranda, quien pretendía hacer consistir la fe cristiana en la seguridad de que el mundo tiene remedio. (*La teología de cada día*, Salamanca 1977, pág. 401-18).
18. Jürgen HABERMAS, *Texte und Kontexte*, Frankfurt, Suhrkamp 1992, pág. 125.
19. M. HORKHEIMER, *Anhelos de justicia*, Madrid, Trotta 2000, pág. 169.
20. La frase rima con mi “distinción entre Fundamento y funcionamientos”: pues para un filó-

- sofo no creyente, y tan riguroso como Muguierza, pocas cosas parecerán más molestas que la superstición. Y sin embargo nuestro autor se acoge a ella por razones humanas, que son nuestras razones más últimas.
21. En la obra de CRISTIANISME I JUSTÍCIA, *¿Mundialización o conquista?*, Santander, Sal Terrae, 2001, pág. 202-204.
 22. Véanse nuestras campañas electorales donde la política ya no cuenta casi nada y es la técnica mediática quien lo decide todo.
 23. Ver la excelente exposición de Albert FLORENSA, *La vida humana en el medi tècnic. El pensament de J. Ellul*, Barcelona, Claret, 2010. Del mismo autor: «El ídolo de la tecnociencia». En *Idolatrias de Occidente*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, 2004, pág. 61-80.
 24. J. NABERT, *Essai sur le mal*, Paris 1955, pág. 109.
 25. Datos de la fábrica de FIAT en Mirafiori (cf. *Le monde diplomatique*, marzo 2011, pág. 3).
 26. Estoy pensando por ejemplo en el atentado contra Hitler.
 27. Bromeando cabe añadir que la descripción bíblica del juicio final (Mateo 25,31ss.) es ambigua si se la quiere leer como valorativa: los condenados que el Juez pone a su izquierda son los que, desde la óptica del espectador están en la derecha; y viceversa.
 28. Adelia PRADO, *Poesía reunida*, pág. 260.
 29. El arzobispo Romero comenzó a cambiar cuando, siendo obispo de una diócesis rural, vio que los recogedores del café no tenían ni dónde dormir y, por caridad, decidió habilitar un espacio del obispado para ello. Ese contacto le permitió conocer detalles de cómo eran tratados, y escribió sobre ello una carta (privada por supuesto, porque entonces Romero no estaba para más) al presidente de la República. No obtuvo ni respuesta. Cuando luego fue nombrado arzobispo de San Salvador, estos episodios ya habían comenzado a convertirle.
 30. Y además sin eficacia. El antiguo ministro de hacienda argentino recordó hace poco que las órdenes del FMI hundieron a su país más en la crisis. Y que Argentina salió de allí cuando desoyó aquellos consejos.
 31. En H. MARCUSSE, *El hombre unidimensional*, 1967.
 32. Encíclica de Pío XI *Quadragesimo anno* n. 128.
 33. *Política*, caps. 9 y 10. Para ampliar esta distinción remito al pliego de *Vida Nueva* (24 de marzo de 2009): «Recuperar la economía». Aristóteles sostiene que la crematística “lo desnaturaliza todo”, y pone el ejemplo de la medicina cuyo fin es curar al enfermo pero, si se practica para enriquecerse, se desnaturaliza.
 34. En «La Contra», *La Vanguardia*, viernes 27 de julio 2007.
 35. Ver C. LOWNEY, *El liderazgo al estilo de los jesuitas*, Barcelona 2001, pág. 11. Se trata de la Banca Morgan.
 36. «Un principio enseñado siempre por la Iglesia es la prioridad del trabajo frente al capital» porque «el trabajo es siempre una causa eficiente primaria, mientras el capital es sólo un instrumento o causa instrumental» (LE 12).
 37. El término “progresional” se acuñó por oposición a progresivo y significa que, aunque «deben pagar más los que más tienen», esto no puede hacerse siempre con porcentajes fijos: porque entonces llegaría un momento en que los impuestos se comerían toda la fortuna del rico (lo cual es injusto). Por tanto, aunque los porcentajes de la imposición crecen progresivamente, esa progresión no es constante sino decreciente.
 38. Según otros el costo era en realidad seis veces mayor, si se contaban las externalidades. Pero esto importa poco ahora. Ver los argumentos en A. FLORENSA, ob. cit., pág. 210-11.
 39. De las Constituciones de la Orden de la Merced.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

La cita de Salvador Giner que abre el Cuaderno pone el acento en los valores de la izquierda. Sus preguntas, bien dice, no encuentran respuesta fácil. **¿Cómo responderías tú a esas preguntas?**

1. Comienza el Cuaderno definiendo lo que es la izquierda. Una vez que se clarifica el concepto en el campo económico, cultural o social. **Enumera y justifica los irrenunciables de la izquierda. ¿Aceptas o añadirías alguno a esos irrenunciables de la izquierda?**

Frente a ese escepticismo postmoderno conviene proclamar que siempre hay cosas que hacer; no sabemos hasta dónde llegarán pero pueden hacerse. Muchas voces avisan que la indiferencia es hoy el mayor de nuestros crímenes y la más hipócrita de nuestras excusas. **¿No hay nada que hacer?**

2. Capítulo 2. Los irrenunciables de la verdadera izquierda, en oposición a la izquierda de plástico (como se oponen las flores del campo a las marchitas), –plato fuerte del Cuaderno– nos ayudarán a preguntarnos **¿Cómo y dónde andan nuestro irrenunciables?**

3. Capítulo 3. Aunque el autor lo considera menos importante, trata de avisar sobre posibles disfraces con que tranquilicemos nuestra conciencia respecto a los valores de la izquierda. **¿Funciona en ti alguno de esos u otros disfraces semejantes?**

4. Capítulo 4. En él se hace eco de las palabras de Jesús de Nazaret: «dichosos los que reaccionan con aflicción ante el dolor de este mundo». La indignación no es ira ni odio ni violencia... Es la reacción que surge espontáneamente cuando te acercas de corazón a los excluidos de la tierra y ves cómo son tratados. **¿Hay en mí, además de indignación, una verdadera aflicción por la suerte de tantas víctimas de esta tierra?**

¿En qué postura me situó frente a las tres que enumera el autor al final?

«No hay solución, todos son iguales»

«Vamos progresando...»

«Debemos resistir»